

IV

Cuando llegaron á casa de su padre, Teresa empujó la puerta, que estaba entornada, y entró seguida de don Benigno, que iba cargado con el haz de leña.

Eran cerca de las diez. En la cocina se hallaban Juan Pedro y su hija Lucía, que hablaba con otra jovencita de aspecto risueño y feliz.

Esta joven era hija del herrero y se llamaba María.

Tenía sólo un año más que Teresa, y era mucho más alta que ella.

El herrero era el mejor hombre del pueblo.

Tenía seis hijos, á los que había criado con el único auxilio de un honrado é incesante trabajo.

María era la mayor y la que ayudaba á su madre en las faenas de la casa y en el cuidado de sus hermanos.

La señora Petra, esposa del herrero, era una de esas mujeres buenas, amantes y cristianas, que aman á su familia sobre todas las cosas, y que no tienen más mundo que su esposo y sus hijos; ni la señora Petra concebía que hubiera otro que el que se encerraba bajo el cielo de Cabañas, en donde tenía sus alegrías y sus dolores.

Reducíanse aquéllas á cuidar á sus hijos y á su Cristóbal, y los segundos á sentir cuando veía enfermos á estos seres que le eran tan queridos.

La señora Petra y el señor Cristóbal adoraban á su hija María. Habíanse casado muy enamorados, y aquella primera hija resumía para ellos todas las alegrías de su amor; además, era tan buena y tan bonita, que, como su padre decía, era preciso quererla.

Otras dos niñas y tres muchachos formaban el total de la prole del herrero.

El buen hombre, en pie, delante de la fragua desde que Dios enviaba al mundo la primera luz, machacaba el hierro y cantaba con toda la afición que cabía en su robusto brazo y su alegre carácter.

Los dos muchachos mayores seguían el oficio de su padre; el menor iba á la escuela, donde aprendía con Tiburcio á escribir, á contar y la gramática. El maestro apenas se entendía con aquel discípulo, que, en cambio, se entendía á las mil maravillas con Tiburcio.

Como el herrero vivía en la misma calle que Juan Pedro, María se había criado con los hijos de este último y había tenido gran amistad con Teresa, que, como queda dicho, sólo contaba un año menos que ella; pero la suerte de la pobre jorobada se había ido ennegreciendo, al paso que el horizonte de la vida de María permanecía cubierto de rosados matices.

Ésta era adorada de su familia.

Teresa odiada de la suya.

Ocupada en servir á todos, en trabajar mucho más de lo que sus fuerzas permitían y en cuidar á su madre, Teresa dejó de jugar.

Un día que iba á comprar pan, vió á María á la puerta de su casa.

—Ya no me quieres,—le dijo ésta con acento de queja amistosa.

—Como siempre,—respondió dulcemente la pobre Teresa.

—¿Por qué no vienes á jugar conmigo como antes?

—Porque no puedo.

—¿Y por qué no puedes?

—Porque tengo que trabajar.

—¿Tú?

—Ciertamente.

—Yo también trabajo: coso, cuido de la ropa blanca de mis hermanos; todo el día estoy ocupada.

Teresa calló. Sus abrumadores quehaceres eran muy distintos de los que ocupaban á la feliz María; mas para hacerle entender esto tenía que culpar á su hermana, y prefería guardar silencio.

Poco á poco se fué aflojando aquel dulce lazo de la infancia, y al fin fué completamente desatado.

María, buena, pero risueña y descuidada, no simpatizaba mucho con el aspecto triste de Tere-

sa, y se fué apegando á Lucía, que era, como ella, bonita, coqueta y alegre.

La desgracia silenciosa y resignada atrae las simpatías de los que sufren también ó han sufrido mucho; mas para las personas que son felices, para las que tienen un carácter alegre, es muy desagradable compañera.

Cuando era niña, Teresa entraba en casa del herrero y pasaba allí algunos ratos; pero á medida que fué creciendo, su deplorable suerte llegó á avergonzarla, y huía de todos, no sólo por no quejarse de su familia, sino por no presentarse á nadie tan miserablemente vestida.

Como se ve, Teresa iba siendo en el mundo una pobre paria olvidada de todos.

Al entrar don Benigno en la cocina llevando en la mano el haz de leña, todos se levantaron con respeto.

El mismo Juan Pedro, cuyo habitual ceño era sombrío, desarrugó la frente y trató de ensayar una sonrisa.

Teresa, asombrada y temerosa, se fué á sentar en el rincón más obscuro.

—Señor Juan Pedro—dijo el vicario,—necesito hablar á usted á solas, y le suplico que me conceda media hora de conversación.

El labrador, bastante contrariado, hizo una señal á Lucía y á la hija del herrero, que salieron de la cocina.

—Y tú, mal bicho—dijo Juan Pedro dirigién-

dose á su hija menor,—vete á acostar ahora mismo.

Teresa salió de la cocina.

Volviéndose después al vicario, el labrador añadió:

—Ya estamos solos y puede usted decirme lo que guste.

El cura iba á sentarse; pero Juan Pedro le dijo:

—Arriba, en mi cuarto de dormir, estaremos mejor.

—Este sitio le había parecido á usted bueno antes de venir yo—repuso don Benigno,—y es también bueno para mí: no hay, pues, necesidad de buscar otro, con tal de que aquí estemos completamente solos.

—Lo estamos.

—Pues empiezo. Esta noche he salido con el objeto de pasearme, y he visto á su hija de usted, señor Juan Pedro, á su hija menor, desnuda, fatigada, casi yerta de frío, recogiendo leña en el bosque como una mendiga: ¿por qué consiente usted que haga eso la pobre Teresa, bastante desgraciada ya con su deformidad física?

—Es querer saber demasiado el investigar el por qué de lo que en mi casa se hace, señor vicario—respondió Juan Pedro con una sonrisa bastante acre;—pero ya que usted quiere que se lo diga, ha de tener entendido que Teresa fué á recoger leña seca porque los troncos de casa están verdes y cuesta mucho trabajo hacerlos arder.

—En ese caso, señor Juan Pedro, perdone usted que le diga que era más natural que fuese su hijo de usted.

—¿Antonio?—preguntó el padre estupefacto.

—Creo que sólo tiene usted un hijo y que ese es su nombre. Contando ya veinte años, estaba más en el orden que fuera él á buscar leña, que su hermanita, que sólo tiene catorce.

—Sabe más el loco en su casa que el cuerdo en la ajena, señor cura.

—No hay duda, y siempre me ha parecido ese refrán en extremo sabio—repuso el vicario;—pero debo decirle á usted que su conducta con su hija menor es inhumana; que todo el pueblo se halla escandalizado de ella, y que usted ofende á Dios con semejante injusticia, con ese odio, más bien, hacia una pobre criatura de quien es usted padre. ¿Por qué la aborrece usted? ¿Qué le ha hecho la infeliz? ¿Ni cómo es posible que un padre pueda aborrecer á su hija?

—Señor cura, yo no aborrezco á Teresa—respondió el labrador;—¿pero cree usted que me sirve de gusto el ser padre de semejante aborto?

—Ella no tiene la culpa de su imperfección—dijo don Benigno;—pero no es esa la causa que se atribuye á su desvío de usted para ella: la causa verdadera, según se dice, es que se parece á su abuela.

Juan Pedro palideció de una manera tan visible, que el cura pensó que se iba á caer.

Recobrándose algún tanto, á costa de un esfuerzo penoso, pudo el labrador balbucear:

—¿Qué tiene que ver eso?...

—No lo sé.

—¿Pues entonces?...

—Yo vine á este pueblo poco antes de que tuviera lugar la catástrofe que dió la muerte á aquella pobre anciana; pero he oído decir algunas veces que vivían ustedes sin paz y sin armonía, por lo que ella se separó de su lado y fué á habitar sola la casita en que, siete meses después, apareció degollada. Teresa, según se asegura y según lo que recuerdo de su abuela, se parece á ella mucho, tanto en el rostro como en la imperfección física que la distingue y que también su abuela tenía. Ahora bien, señor Juan Pedro: si la vista de esta desgraciada criatura le mortifica á usted, por cualquiera causa que sea, cédamela á mí y permita que me la lleve á mi casa.

—No puede ser,—respondió bruscamente Juan Pedro.

—¿Y por qué razón?

—Porque Teresa tiene que cuidar á su madre.

—¿No tiene usted otros dos hijos?

—Sí; pero éstos no quieren verla, porque les da miedo.

—¡Ahl ¡qué castigo del cielo sufrirán esos hijos!—exclamó el vicario.—¿Es, pues, la más pequeña y la más débil la destinada al sacrificio?

—Su madre se halla también mejor con ella.

33886

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Calle 1625 MONTERREY, MEXICO

—¡Porque su otra hija ingrata no quiere verla! ¡Porque ya ha hecho que la olvide! Y, sin embargo, Juan Pedro, en el fondo del cerebro enfermo de Lorenza, tal vez está grabada la imagen de su hija mayor; ¡tal vez llama la desdichada á su hijo y echa de menos los cuidados de la una, la protección del otro, la ternura de los dos!

Juan Pedro parecía violento é irritado: movíase en su asiento, y apenas podía contener su cólera.

El vicario lo conoció, y dijo con más dulzura en la voz y en la mirada:

—He venido á molestar á usted sólo para decirle que me ceda á Teresa, y aun vuelvo á suplicárselo antes de abandonar esta casa.

—No puedo acceder á lo que usted me pide,—respondió lacónicamente el labrador.

—¿Se niega usted á ello?

—Me niego.

—Entonces, Juan Pedro, haga por borrar lo odioso de su conducta con esa niña; porque si los hijos tienen obligaciones muy sagradas para cumplir con sus padres, éstos las tienen también para los hijos: no olvide usted esto, y haga que los hermanos de Teresa la traten como á tal y no como á una esclava. Señor Juan Pedro, si usted se acerca al Tribunal de la Penitencia, al menos con la frecuencia que la Iglesia lo ordena, su vida de usted sería más conforme con la moral y la religión. Sí—prosiguió el vicario con firmeza al ver

el gesto amenazador con que Juan Pedro se levantaba:—su vida de usted es el escándalo del pueblo, y, según dicen las personas que le han conocido, no era así por cierto su padre de usted. ¿Son esos los ejemplos que le ha dado? Si de un padre bueno ha salido tal hijo, ¿qué puede usted esperar de los suyos teniendo á la vista los deplorables que usted les ofrece?

—Señor cura—repuso con ira el labrador,—yo creo que no es de la incumbencia de usted el entrometerse en casa ajena, y yo quiero que salga de la mía.

—He venido á cumplir con mi deber—repuso el vicario;—he venido á ver si podía mejorar la suerte de su pobre hija de usted, á ver si conseguía hacerle comprender que su conducta en lo moral y en lo cristiano era altamente pernicioso. Hablo á usted en el nombre de Dios; si no quiere oirme, tanto peor: yo no cesaré de amonestarle, en cumplimiento de mi obligación, para que cambie usted de vida.

—Y perderá usted el tiempo,—repuso burlonamente Juan Pedro.

El sacerdote no dijo una palabra más.

Al trasponer el umbral de la puerta, una persona que entraba tropezó con él.

Era Antonio.

Este reconoció al vicario y se quitó el sombrero, saludándole con respeto, á pesar de lo preocupado que llegaba.

Don Benigno correspondió á su saludo y salió de la cocina.

Antonio tendió una mirada torva en derredor suyo: vió que su padre estaba solo, y, después de hacer un violento esfuerzo para dominar la tempestad que rugía en el fondo de su alma, se acercó á él y se sentó en el banco del fogón que daba frente al que ocupaba Juan Pedro.

Este, desde la salida del vicario, se hallaba cabizbajo y sombrío.

No hay alma, por depravada que sea, que no sienta una profunda impresión de vergüenza al oír las palabras de justicia y de deber.

Antonio se dirigió á una alacena que había en un ángulo de la cocina; sacó una botella de vino y un vaso; llenó éste y se lo bebió de un golpe, como si necesitase desterrar una violenta preocupación, ó tomar alientos para una gran empresa.

Después de esto, volvió á sentarse enfrente de su padre.

Tosió, escupió y dijo con voz que él quería hacer firme y que sólo era insolente:

—Padre, esta noche vamos á hablar claro.

Juan Pedro alzó la cabeza bruscamente, miró á su hijo con extrañeza y le dijo:

—Déjame en paz: no tengo gana de conversación.

—La tengo yo, y hemos de hablar—repuso Antonio:—ha de saber usted que probablemente no me casaré ya con Gregoria.

Juan Pedro se encogió de hombros con una indiferencia casi brutal.

—¡Ya sé que mi suerte y la de todos sus demás hijos le es á usted indiferente!—exclamó Antonio, que se iba acalorando; —¡ya sé que nada somos para usted; ya sé que el trato que tiene desde hace tantos años con la tabernera le hace descuidar su casa y su familiar ¡Todo eso me consta! ¡Lo que no sabía, y esta noche me lo ha dicho el molinero, es que la Braulia le consume á usted el dinero que sacamos de las cosechas; que no se ocupa usted para nada de la hacienda; que estamos casi arruinados!

—Con hijos como tú, no es extraño—repuso el labrador con un tono injusto y amargo:—trabajas poco y mal.

—¿Y usted qué hace? ¿Trabaja usted acaso? ¿Cuánto hace que no va al campo ni á dar una vuelta á los peones? ¿En qué piensa usted más que en estar al lado de esa mujer, en emborracharse cada día en su taberna? ¿Ni qué se puede esperar del hombre que hace ocho años que no ha visto á su mujer, viviendo bajo el mismo techo que ella, y que tiene á su hija menor como una esclava?

—¿Qué es esto?—exclamó el labrador levantándose con ímpetu furioso.—¿Todos venís hoy contra mí? ¡Acaba de echarme el cura un sermón, y vienes ahora tú á romperme la cabeza con habladurías! ¡Déjame en paz ó sabrás quién soy!

—¡Dejar en paz!—repitió Antonio con la inso-